

JUEGO DE MALETAS

Autor: M^a Angeles Barea Ramos

Se oye el sonido de la verja de entrada que se abre y se vuelve a cerrar. Me parece un lamento suave, casi un gruñido. Una despedida oxidada para un marido infiel en una tarde lluviosa y otoñal.

Me he asomado a la ventana de la cocina para verle marchar, arrastrando dos de las maletas de nuestro juego, que ahora quedará como tantas otras cosas desmembrado.

Hacia poco más de una hora que Pedro había vuelto del trabajo y se había quedado de pie en medio de la cocina, empapado y algo nervioso. Parado sobre el charco que empezaba a formar, me miró con un gesto cargado de culpabilidad y me dijo de un tirón, firmemente, como si lo hubiese ensayado:

—Tenemos que hablar, María.

Mientras soltaba su frase como un actor de reparto que hubiese esperado el transcurso de una función, centrado en su único parlamento de cuatro palabras, ví que respiraba aliviado, como soltando lastre en medio de su laguna. Había conseguido escindir la tierra del agua con tan exigua comunicación.

Le dejé en la cocina donde seguía descargando el rastro de la lluvia, y subí hasta nuestro dormitorio. Bajé nuestro juego de maletas de un altillo. Eran nuevas, rojas y relucientes, vírgenes de viajes. Escogí la maleta grande y la mediana y las llene con toda la ropa de Pedro que fueron capaces de aferrar; después, las baje hasta la entrada de la casa con cuidado y las deposité junto a la puerta. Nos miramos un momento y él no tuvo necesidad de explicarme que había otra mujer, aunque creo que le sorprendió mi silencio. Quizá esperaba unos llantos dignos, algunos aspavientos, después de veinticuatro años y medio tal vez sea lo que cabe esperar. Yo en cambio, respondí a su frase tranquilamente con otra frase manida:

—Ya me dirás dónde envió el resto de tus cosas.

Cuando me asomé para ver cómo se iba con nuestras maletas nuevas, cargadas solo para él, observé que caminaba ligero por nuestro amago de jardín, como si el cuerpo le hubiese dejado de pesar. Incluso andaba menos encorvado. Es curioso, lo que pesa en mí no es tanto el abandono como la sorpresa. No lo vi venir. A fuerza de ignorarle por predecible ha debido caer en una nueva cama donde sus gastados trucos no deben parecer tan viejos, tan tristes, tan inútiles.

Se ha hecho de noche y la verja de la entrada vuelve a sonar. No hay nadie, Pedro ha debido dejar la verja mal cerrada al irse. Voy a cerrarla o no podré soportar ese chillido toda la noche. Salgo al jardín y la lluvia me moja el pelo, resbala por mi cara, me llena de falsas lágrimas. Pienso que si me viese ahora, Pedro creería que estoy llorando y le parecería más humana. Quizás le hubiese costado algo más irse.

Entro en casa y cierro la puerta tras de mí despacio. Estoy mojada y siento un poco de frío. Subo la escalera y voy al baño de mi habitación, cojo una toalla amarilla con una cenefa de florecillas, parecen margaritas. Me seco un poco, huele bien, tiene un ligero aroma a lavanda. El abrazo suave de la toalla me consuela, salgo al dormitorio y en medio del cuarto yace olvidada una pequeña maleta roja. Es el equipaje que se ha quedado abandonado sin estrenar, descolgado del juego, rescoldo de un regalo de aniversario sin uso.

No sé por qué me pongo ahora a llorar, no sé por qué me abrumba el peso de una pequeña maleta vacía.